

ahora dormía, sana, libre de todo dolor y tan dulcemente en brazos de su madre. ¿Inútil su vida?... No. Descendía a los abismos arrastrado por el orgullo; pero al menos en el mundo quedaba, por obra de él, ese pobre pequeñuelo, que ya no sufría ni llevaba, gimiendo, la manecita a un semblante lleno de llagas...

Entonces, una Voz muy dulce murmuró sobre él:

—¡Onofre!...

El viejo había alzado el semblante lentamente, después el cuerpo trémulo, y comenzó a caminar. Pero sus pasos temblaban. Tanto, que se recostó en el viejo muro, que apenas veía ya, bajo la niebla de lágrimas, y entre el desmayo que se lo velaba...

Así se arrastró un momento, temblando y gimiendo...

Pero dulce y llena de cariño, la Voz a su lado murmuró:

—¡Onofre!...

Entonces Onofre volvió la cara y divisó una forma que resplandecía toda de blancura en la soledad del crepúsculo... Mudo, ya todo frío, dió hacia ella un lento paso, y desfalleció, cayó sobre el seno de Jesucristo, Nuestro Señor, que le oprimió dulcemente entre sus brazos y le llevó consigo para el cielo, en el esplendor del oro de la tarde...

II

SAN FREY GIL

PLAN DE LA OBRA (1)

Nacimiento de Gil en un solar al pie de Vouzella.—El padre y la madre de Gil.—Infancia de Gil.—Su belleza.—Su curiosidad insaciable.—Amor a los manuscritos. Un viejo físico le comunica la pasión de los cuerpos simples y de las plantas que curan.—Crece.—Toma afición a las armas y a los caballos.—Tiene amores vagos con muchachitas.—Pero no descuida los libros.—Le entra la pasión de lo desconocido, de los viajes.—Para conocerlo todo quiere ir a estudiar Medicina a París.

Márchase, entre lágrimas de su madre y de una moza a quien había seducido.—Toma el camino de París con su fiel Pero Malho, escudero.—En una posada, en el camino, encuentran a un caballero que traba conversación con él y sabiendo que Gil va a París a estudiar Medicina, le dice que vaya antes con él a Toledo, adonde él va también para licenciarse en las Artes Negras.—Esas artes, que él describe, dan a quien las posee el oro, el poder, la eterna mocedad y todo lo que constituye la felicidad.—Gil cede. Parten para Toledo, conversando por el camino.—Son asal-

(1) Encontrado, juntamente con el manuscrito incompleto, a la muerte de Eça de Queiroz.

tados.—El caballero desconocido desbarata a los salteadores.—En Toledo, Gil es conducido a la Universidad de las Artes Negras.—Allí encuentra a los Profesores, que le dan un festín y le dicen que el arte mejor es sellar un pacto con el Demonio.—Gil lo firma.

Desde ese día, tornado omnipotente, abandona la idea de ir a París, y pasa a disfrutar todos los goces.—Comienza por la vida de mozo, teniendo palacios, mujeres, caballos, oro en pilas...—Pero en seguida se cansa de esto...

Ambiciona luego el poder, y el Demonio le hace Rey.—Pero en seguida se cansa de la realeza.

Apetece después las grandes aventuras y es pirata en los mares, viaja hasta los últimos desiertos, ve pueblos extraños.—Pero pronto se cansa de estas emociones.

Entonces apetece saberlo todo, y va a estudiar a París, como simple estudiante.—Pero se cansa en seguida de esta ciencia de los libros.

Quiere conocer los misterios.—El Diablo le lleva a los astros y penetran en las entrañas de la tierra.—Quiere ver el Infierno y el Cielo.—Pero el Diablo no se los puede mostrar.

Entonces anhela un afecto profundo, un amor profundo.—Ve a una mujer a quien adora de repente sin verle el rostro.—Siguela, hasta que un día se le revela, y es el esqueleto de la Muerte.

Reniega de su vida y vuelve a Portugal para meterse en un convento.—Desesperación del Diablo, que de amigo se trueca en enemigo y le comienza a tentar.—Tentaciones tremendas que vence por la paciencia y por la bondad.

Se va sintiendo feliz, y su deseo es lograr la derogación del pacto que hizo con el Diablo.—Pero la penitencia aun no es bastante y es necesario que practique un acto que le torne merecedor de que la Virgen derogue el pacto.—Ese acto lo hace sacrificándose por una criaturita o por un viejo enfermo.

Entonces la Virgen le entrega el pacto.—El Diablo aun le tienta, pero ahora él sonríe y lo desprecia.—Entra en la paz, en la felicidad, y conoce al fin la vida perfecta, que es una dulce vida de convento, en el sosiego de un valle... Muere en olor de santidad.

CABILLO DE FORTALEZA

A N O D E O R D E N

I

I

A N O D E O R D E N

I

El solar de Don Ruy de Valladares, Señor de Mortagua y Gonfalim, era a dos leguas largas de Vouzella, en una colina, por donde descendía, esparcida hasta el río, entre olivares y viñedos, la aldea de Gonfalim. Un foso, una muralla delgada y sencilla como un muro de heredad, una torre construída en tiempos de la Señora Reina Doña Teresa, defendían esa térrea casa, la capilla, los graneros, el horno, el patio bien enlosado, donde dos sauces llorones daban frescura y sombra a una fuente de bronce. Más allá, un alto zarzal, cubierto de moras por San Juan, envolvía la cuadra, la era clara, el redil, una pomarada bien regada y el campo de torneos; y después, por toda la otra ladera del otero, lentos y suaves, verdeaban los pastos del ganado.

En el fondo del valle, la ribera fría y límpida, entoldada de arboleda, saltaba y espumeaba entre gruesas piedras claras; un monasterio rico de Dominicos ocupaba toda la colina fronterera a Gon-

falim, con su vasta y frondosa huerta, y las dos márgenes estaban unidas por un viejo puente romano de un solo arco, donde el buen Señor, para purificar la obra y la piedra pagana, mandara levantar un crucero.

Desde hacía mucho tiempo, en aquellas tierras, los años habían sido de paz; las cadenas del puente levadizo, que no se levantaba, estaban mohosas y cubiertas de herrumbre; las hierbas bravas crecían en los fosos secos; en la vieja torre, de donde se había retirado hasta el ballestero, que allí acostumbraba dormir, había un palomar ahora; y el buen Señor Don Ruy había engordado tanto, que ni salía a la sierra con sus halcones, ni siquiera cabalgaba en su jinete, por nombre *Almanzor*, muy gordo también y para siempre ocioso delante del pesebre lleno...

Don Ruy se había desposado con la nieta de Mestre Heriberto, Canciller del Señor Rey Don Sancho, y no había en toda la Beira señora de mejor diligencia y orden en el gobierno de su casa. Trigueña, de ojos pestañudos y suaves, con un bozo y un pecho de tórtola harta, Doña Teresa, desde la alborada, haciendo tintinear su grueso manojo de llaves, distribuía la tarea a las ayas, visitaba la despensa y el gallinero, vigilaba la hornada del pan, escogía la fruta en la pomarada; y hasta, arrastrando su largo vestido sobre la tierra aún húmeda, iba a buscar las hierbas salutíferas para componer los ungüentos domésticos. Todo

el caserón solariego resplandecía de gravedad y de aseo. En las losas del patio no crecía una hierba... En el borde de cada ventana había un tiesto bien regado y fresco. Bien fregados con retama, los suelos parecían siempre de madera nueva. De las arcas llenas de ropas de lino salía un buen olor de espliego. Los platos y los jarros de estaño, sobre los aparadores, reflejaban como espejos las labores de talla de las altas sillas de respaldo, las listas vistosas de las cortinas y los ramilletes de azucenas y rosas, desbordando de los jarrones de barro vidriado.

Ocioso y risueño, con una larga zamarra de paño orlada de pieles de raposa, que le descendía hasta los zapatos de cuero rojo, el buen Señor Don Ruy se acariciaba la barba a través de su caserón, gozando de esta paz y de este orden. Sus días corrían prolongados y dulces, como en un monasterio rico, y rara vez cogía su bastón de puño de plata para trasponer el viejo puente levadizo. En tiempo lluvioso, el buen Señor, de ventana en ventana, contemplaba el valle, la arboleda humedecida, las dos torres del monasterio, o se calentaba pacientemente las manos en el brasero, o abriendo el cofre de hierro, clavado en el suelo a los pies de su lecho, contaba su dinero, o iba a observar en el fanal de vidrio si las sanguijuelas, subiendo a flor de agua, anunciaban el norte y el buen tiempo. En los días de sol recorría despacito su huerta por las avenidas orladas de espliego; vi-

sitaba a sus galgos, que, ociosos y gordos también, dormitaban pesadamente; descendía al lagar, después a la era, sonriendo paternalmente a los siervos, que doblaban la rodilla, y terminaba por descansar en un bosquecillo de rosas, escuchando el murmullo de las aguas de la acequia.

El toque de Angelus (1) anunciaba la cena. En la sala, separada de la cocina por un arco de cantería, las gruesas tazas de caldo humeaban sobre el roble desnudo de la tabla entre panes de centeno y enormes jarros de vino. El buen Señor, habiendo lavado las manos en el agua perfumada con vinagre que el siervo entornaba de un gran jarro de cobre, ocupaba su silla señorial. El capellán, enfrente, decía el *Benedicite*, y Doña Teresa quitábase todos sus anillos para echar dentro de su taza la oscura corteza del pan. El buen Señor comía con lentitud y silencio. El vino de su jarro era renovado por el Mayordomo, que a cada instante se levantaba con la boca llena e iba a llenar el jarro señorial en la pipa posada en un rincón sobre barrotés de madera. Después del puerco asado, venía un ave, gallina o pato, que Don Ruy partía con los dedos, limpiándolos a los pelos del lebrel, sentado a su lado en espera

(1) *O toque das Trindades*, dice Eça de Queiroz; porque en Portugal se llama tradicionalmente *hora das Trindades* a la hora del Angelus, así vespertino como matutino.—*N. del T.*

de los huesos. En las tardes del verano, el mayoral de los ganados venía junto a la ventana de la sala a tocar en la flauta de barro. Y cuando el siervo retiraba las frutas, apiñadas en esportillos de esparto, y otro ponía sobre la mesa vacía dos candiles, el capellán iba a buscar un grueso infolio, que abría, y lentamente, tropezando en las letras, leía la vida de un santo o un episodio del *Tesoro de las batallas*, que cuenta todas las grandes guerras, desde la que los ángeles malos trabaron con los ángeles buenos. Doña Teresa cogía su rueca e hilaba o daba algunos puntos en el frontal que hacía diez años andaba bordando para la iglesia del convento. El buen señor, con las manos sobre el estómago, dormitaba. Y cuando el capellán se detenía para beber un trago de agua, oíase el crujir de la veleta de hierro, o, en las noches de verano, el canto triste de los sapos en las hierbas...

Pero con un gesto Doña Teresa detenía al santo varón, que hacía un doblez en la página de su infolio. El mayordomo, a la puerta de la cocina, batía las palmas, y todos los siervos entraban, hasta el pastor con su zurrón. Y era el buen señor quien, de pie y aun soñoliento, rezaba la primer *Avemaría* del rosario. Después doña Teresa cerraba los aparadores, cogía un candil, un jarro de vino preparado con miel y canela y subía con su señor para el cuarto, a descansar en el vasto lecho de encina, que tenía tres varas de ancho...

Así corría la existencia, igual y serena, en el

solar de Gonfálim. A veces algún ricohombre de los alrededores, pariente de don Ruy, venía a desmontar de su caballo en el patio tranquilo con sus perros y escuderos. Doña Teresa corría al portal, trayendo una toalla bordada y un jarro de agua, que derramaba sobre las manos del huésped. Echábase aprisa leña en el hogar para asar en las espeteras de encina un cabrito o un lechón; de las arcas salía una alfombra de Oriente que se extendía sobre las losas del cuarto de honor, donde las manzanas, apiladas sobre los armarios, exhalaban un olor dulce y acre; las antorchas de cera ardían en la sala hasta tarde, y los señores conversaban de parientes, de cosechas, de algún nuevo milagro, de las honras ultrajadas por los corregidores del Rey y de los malos tiempos que corrían para los hombres hidalgos. Otras veces eran menestrales errantes que pasaban y pedían cobijo, y después de la cena, tañendo el violín o la flauta, cantaban canciones nuevas, decían historias maravillosas de los paladines de Francia o repetían las fábulas que habían oído en las posadas o en las cocinas de otras casas solariegas sobre las guerras que el señor Rey hacía a los moros más allá del Tajo. Pero lo que más agradaba a doña Teresa era el paso de los monjes mendicantes: esos sabían los milagros nuevos, los casamientos hidalgos de Vizeu y de Lamego, recetas de dulces o de unguentos e historias de peregrinos que habían arrojado los mares, llegando a ver el verdadero sepulcro de Nues-

tro Señor Jesucristo, aun teñido de sangre fresca... Estas eran las distracciones de estos señores excelentes. En las Navidades había un nacimiento en la capilla, con misa cantada por los frailes del convento y una cena en que se comía el puerco nuevo. En el cumpleaños de don Ruy se abría una pipa de vino en el campo de torneos, y los mozos de Gonfálim hacían juegos de bolos y luchas... Y no había en aquellos alrededores más alegre hoguera que la que se encendía, entre danzas y cánticos, en la plaza, enfrente del puente levadizo, en la noche de San Juan.

Así habían corrido los años en el solar de Gonfálim, quietos e iguales, cuando doña Teresa sintió alborozada en sí un comienzo de maternidad...

Fué un asombro, una magnífica alegría. Largos años habían deseado y esperado con ardor un hijo; y para lograrlo, doña Teresa había hecho promesas, había invocado a todos los patronos de la fecundidad, había encendido durante treinta días treinta velas a Santa Margarita, había bebido agua de sagnacanina, había traído mucho tiempo sobre la cintura una piel de coneja. Pero la dulce esperanza no encarnaba, y el buen señor don Ruy, resignado, había decidido dejar su señorío y el dinero de sus arcas a un ahijado de su mujer, mozo leído y versado en libros y que era proveedor del Rey en Lamego. Muchas veces, no obstante, suspiraba viendo delante de un caserío un villano que, con el hijo sobre las rodillas, construía una tram-

pa para los pájaros, o un viejo que sonreía, amparado en sus pasos tambaleantes por un mozo fuerte y lleno de respeto. Ahora, sin embargo, llegaba el bien de que había desesperado. El buen señor, repentinamente remozado, con el semblante todo risueño y dilatado en el orgullo de su paternidad, comenzó por todos los alrededores a anunciar la noticia espléndida, hasta a un sórdido ermitaño que vivía en una cueva al fondo del valle, hasta al trasquilador que había venido al trasquileo de los ganados. Un recadero partió al punto para Lamego a encomendar al maestro tallista una cuna muy suntuosa. Todas las ayas, sacando de las arcas los linos más finos, trabajaban en el equipo, y doña Teresa, al fin del primer mes, había ido a comulgar al Monasterio para que la Hostia divina fuese el primer alimento del niño bien deseado.

¡De qué cuidados rodeaba el buen señor a aquella señora excelente, cuyo vientre le parecía precioso como un sagrario!... Inquieto, constantemente le quitaba de las manos con blandura las llaves de la despensa para que ella no se fatigase de gobernar el caserón. El, sólo él, preparaba el vino reconfortante con canela, miel y hierbas aromáticas, que le debía dar fuerzas y valor, y sin cesar, cuando ella caminaba le tendía los brazos, temiendo que cayera por los peldaños, tropezara en cualquier piedra o que un pliegue del vestido se le enredara en los pies.

Era entonces invierno, un invierno muy crudo, que todas las mañanas blanqueaba de nieve los prados y los techos de los caseríos; don Ruy y doña Teresa, sentados al brasero, interminablemente conversaban sobre "su niño". El le tenía ya preparado su destino, tan claro y marcado como si un letrado lo hubiese escrito en un códice. Su nombre sería Gil Mendo; los mejores lectores del Monasterio vecino y amigo le enseñarían las letras, la escritura y el arte de contar; escuderos expertos vendrían a adiestrarle en el arte de cabalgar, en el manejo de las armas y en todo lo que pertenece a la caza; después, él, don Ruy, le llevaría por las diócesis de Lamego, de Porto, de Coimbra, para conocer las ciudades y tratar con los ricoshomes. Luego se casaría con una dama virtuosa de rico linaje y gobernaría con toda tranquilidad su señorío, porque ninguno de ellos deseaba que su hijo afrontase los peligros de las guerras o marchase a tierras extrañas...

Y cuando así conversaban, a ambos les entraba una inquietud que no decían porque ciertas palabras, cuando están sueltas, son atrapadas por los espíritus malignos, que las condensan y de ellas hacen cosas reales y vivas. ¿Si Gil naciese torcido o mudo?... Entonces doña Teresa iba a escondidas a la capilla a hacer promesas a Nuestra Señora de la Buena Salud y don Ruy reclamaba de su capellán que una vez más recorriese el archivo de su solar para ver si alguna vez varón de su casa na-

ciera con algún defecto. Pero la certeza de que todo su abolengo, desde los godos, era robusto y de buen porte, no calmaba su inquietud, y habiendo divisado cierta mañana una graja que se posara en el borde de su aposento, lo cual podía hacer tartamudo al niño, tanta angustia se apoderó de él, que los malos humores se le extravasaron, y, amarillo como un limón, yació en su vasto lecho una semana, entregado a las drogas de Mestre Alvaro Porcalho, el buen físico, que había venido a toda prisa de Vizeu montado en su mula. Por consejo de él, nunca más doña Teresa tocó agua fría, y sólo bebió caldos de limón... Pero una ansiedad mayor penetró en el alma del buen señor porque Mestre Porcalho, después de examinar el interior de los párpados de doña Teresa y ciertas pecas que tenía en la frente, meneaba la cabeza gravemente y no podía afirmar que la criatura fuese un varón... Seguramente el buen señor amaría a una niña que viniese con sus frágiles gracias y su dulzura a alegrar la severidad fría de su vivienda... Pero ¡con cuánto más amor y orgullo y tranquilidad juntamente, recibiría a un varón para continuar su estirpe y administrar sus bienes!...

Mandó entonces llamar a un astrólogo famoso, Mestre Leonardo, que vivía en unas viejas ruinas del tiempo del conde Ordoño, junto a las murallas de Lamego. Bien provisto, con un cántaro de vino y una empanada, el docto varón pasó la noche, una clara noche de Marzo, con astros bien claros

y fáciles de leer, en la torre del Homenaje, de donde había espantado a las palomas, preparando su horóscopo; y don Ruy tuvo la dicha de oír que su hijo sería varón, vencería a los infieles, entraría en los Consejos del Rey y desposaría con la hija de un ricohome poderoso que tenía tres castillos y vasallaje de tres villas. Señorialmente pagado, Mestre Leonardo volvió a cabalgar en su mula, y abandonaba el solar cuando junto al puente levadizo encontró a Mestre Porcalho, que con su caja de cuerpos simples al hombro, la jeringa de estaño dentro de un saco, se recogía de visitar al armero de Gonfalom. Inmediatamente, los dos sabios, desde lo alto de sus mulas, trocaronse duros sarcasmos y después injurias, y ambos, saltando de las cabalgaduras, con sus largas garchas (1), se acometieron cuerpo a cuerpo tan ferozmente, que ambos rodaron al fondo de los fosos...

II

Pero Mestre Leonardo había acertado, y fué un varón. Y hasta la comadre y las ayas afirmaban que, por la fuerza con que había llorado y sa-

(1) En lenguaje arcaico castellano, como en portugués, se conserva todavía esta palabra en su acepción de vestidura talar.—N. del T.

cludido los piecitos morados al penetrar en la vida, el señor don Gil sería hombre de gran valentía y acción. Lo que a todos espantaba, sin embargo, inclinados sobre su cuna, era su perfecta belleza e inteligencia. Gordo, muy redondo, blanco como los linos finos de sus sábanas, con una boquita que parecía una hojita de rosa y los grandes ojos negros resplandeciendo bajo la cabeza muy clara, parecía ya tener un alma y comprender. Dos ayas le velaban constantemente, sentadas en esteras, balanceando un abanico de plumas para preservar de las moscas la frescura de su sueño, o cantando para arrullarle: *Duerme, duerme, señor mío...* Y ya había pasado un mes, y los arcos de boj levantados en las fiestas del natalicio estaban mustios, y ya doña Teresa, purificada y de nuevo colorada y ágil, hacía tintinear sus llaves por el pasillo de la casa solariega, y aun Gil no había llorado... Una gota de leche del pecho lleno del ama bastaba para adormecerle dulcemente, y despierto, sus ojos negros y grandes, rutilantes, buscaban constantemente y seguían los rayos del sol o el brillo de un jarro de estaño o los colores centelleantes de un velón... Viniendo a cada instante de puntillas a entreabrir las cortinas de la cuna, el buen señor no olvidaba ninguna de las prácticas que contribuyen a hacer la criatura perfecta. Para que tuviese voz fuerte y clara, refrigerábale la boquita con una vieja moneda de oro. El mismo había deshecho sal virgen en agua ex-

traída de la fuente al nacer del sol, que hace que el cabello de las criaturas crezca encaracolado y recio... Para que tuviese fuerza trajo una antigua espada de su abuelo don Fruela y la posó entre las manecitas de Gil, y para que a la fuerza del cuerpo se juntase la fuerza del alma, tres domingos seguidos el capellán vino a leer sobre la cuna el Evangelio de los tres Reyes.

Con ocasión del bautizo se celebraron grandes fiestas. El padrino fué don Mendo, un pariente de Mortagua, y la madrina Nuestra Señora de la Salud (1); y en el camino para la iglesia, alfombrado de rosas y hierbabuena, al lado de don Mendo, magnífico, con sus barbas de nieve sobre el sayal rojo, caminaba, elevada en sus andas, a hombros de cuatro caballeros peones de Gonfálim, la Señora Madrina, coronada de oro, con un manto nuevo, donde las estrellas de oro sobre el azul del terciopelo relucían como un cielo de verano. Para mayor honra y para que el niño no fuese sordo, fué don Mendo, el padrino, quien tiró de la cuerda de la campana y dió los primeros repiques festivos. Toda la piedra de la iglesia desaparecía bajo las colgaduras de terciopelo blan-

(1) En Portugal, país muy devoto, es muy corriente (o éralo al menos) poner al niño recién nacido bajo la advocación de una imagen de la Virgen o de Nuestro Señor. El mismo Eça de Queiroz fué apadrinado en su bautizo, en Villa do Conde, por la imagen de Nuestro Señor de los Aflijidos, y así consta en su partida de bautismo. (Véase la *Introducción* a este libro.)

co. Y cuando la punta de una faja de seda que se prendía por la otra punta a las manos de Nuestra Señora vino a tocar la pelusa fina y rubia de la cabeza de Gil, desnudito y quieto, en los brazos del cura, sobre la pila bautismal, todos observaron con espanto que el niño sonreía a las luces de las antorchas, y las puntas de los piecitos se agitaban, y algo blanco, como el surcar de un ala, atravesó en la penumbra del baptisterio.

Después un enorme festín tumultuoso y voraz congregó a la ruda aldea. En la explanada, tres terneras enteras se asaban entre hogueras claras. El vino, corriendo sin cesar de las pipas adornadas de laurel, hacía pocitos rojos, donde las criaturas se echaban a rodar. A cada instante los laúdes y las violas de los menestrales congregaban a los mozos y a las muchachas, sofocados, con la boca llena, y coronados de rosas, en largas danzas entontecedoras sobre la hierba pisoteada. Una empanada inmensa, traída en unas angarillas y precedida por dos enanos que cabrioleaban, apareció al final de la tarde entre aclamaciones; sacando la espada un caballero-peón, le hendió la tapa, mayor que un techo de cabaña; y de dentro huyó una bandada de palomas que batían en el aire con esfuerzo las alas pesadas de gordura, perseguidas por los mozos, que las apedreaban con pedazos de tierra como gruesos panes de centeno y con los platos de estaño...

De repente, junto al puente levadizo surgió una

bandera, y al lado de don Mendo y seguido del capellán, del intendente y de las ayas con altas tocas de encaje, apareció el buen señor don Ruy, pálido de alegría y de orgullo, que traía en los brazos, todo cubierto de encajes, para mostrarle al pueblo, su hijo, su heredero. Muchachitas corrieron con cestos llenos de hojas de rosa que le arrojaban, y de la mesa de honor, donde estaba el Merino del Rey, dos viejos vinieron; uno con un plato lleno de sal, que simboliza la agudeza de espíritu; otro, trayendo un huevo, que significa la duración de la vida, para ofrecerlas al niño como votos tangibles... Y fué un espanto, un largo murmullo maravillado, cuando Gil, agitándose entre los encajes, extendió un bracito hacia la sal y otro hacia el huevo. Los viejos, muy graves, reconocieron que el niño era un elegido de Dios, y nadie dudó de que llegaría a la extrema vejez al través de la extrema sabiduría...

En efecto, cada día crecía en fuerza y en belleza. Su cabecita redonda bien pronto se cubrió de anillos finos como seda y color de oro, y todos los dientes le salieron sanos y fáciles sin costarle una lágrima. Cuando no dormía, con su dormir tan sereno, que parecía una rosa sobre una almohada, pasaba horas enteras en los brazos de las ayas o de la madre deslumbrada, quieto, inmóvil, ya derecho, con los ojos resplandecientes y pareciendo pensar en cosas profundas. Exhalábase un tan raro encanto de aquel cuerpecito, todo

de arrugas gordas, blancas y duras como mármol, que las ayas no podían apartarse de su cuna, olvidando las horas de comer; y los que un día pasaban por la casa solariega, aun después en sus moradas y entre otros cuidados, quedaban pensando con ternura en aquellos cabellos de oro puro y en las dos estrellas de sus ojos.

En el aposento donde estaba su cuna no era necesario en el invierno encender el brasero, ni durante la canícula entreabrir las ventanas a la brisa, porque siempre había allí un aire igual, suave, tibio, fresco y que olía bien; y este aroma iba creciendo tanto, sobre todo en derredor de su cuna, que Mestre Porcalho, que reprobaba las esencias derramadas junto a las cunas, batía el pie, impaciente, cada mañana que entraba, y decía, frunciendo las narices: "Pero... ¡aquí huele a jazmín!... Pero... ¡aquí huele a rosa!..." Más de una vez también había sucedido que, apagando la lámpara, el cuarto había continuado iluminado con una luz translúcida y vaga, láctea, que era aún más tenue junto a los altos muros, más viva y como irradiada en torno de la cuna; el ama, sentada, levantaba la cortina y encontraba al niño sonriendo en su sueño, y si entonces examinaba sus pañalitos, más se asombraba, no reconociéndolos como los del rico equipo, sino diferentes, de un lino más fino que todos los linos, blancos como no había otra blancura, y tan dulces y blandos a la mano, que su contacto tenía la dul-

zura de un beso... El buen señor don Ruy oía estas maravillas, y gruesas lágrimas de satisfacción rodaban por su barba rubia.

Las palomas que tenían su palomar en la vieja torre de la atalaya comenzaron entonces a venir todas las mañanas en bandada a posarse en el alféizar de la ventana del niño, y hasta, si encontraban las puertas abiertas, algunas, más osadas por ser más blancas, volaban en torno de su cuna con un vuelo sutil y sin rumor. Gil las seguía con sus grandes ojos o echaba la mano para atraparlas; y si tocaba en alguna que se posase en las rejas de la cuna, esa tomaba vuelo al punto, triunfalmente, sumergiéndose muy alta en el azul y no se recogía al palomar.

Pero no eran sólo las palomas las que amaban al niño. Mariposas raras de colores radiantes venían a golpear contra los cristales, en bandadas, como hojas vivas y sueltas de flores que no hay en la tierra. Un almendro que había abajo en el patio rompió a crecer, a subir, como si con las puntas de su ramaje intentase escudriñar dentro del aposento, y después se cubrió de flores en Enero; y un ruiseñor vino durante todo el invierno a cantar sobre él maravillosamente. Pero la sorpresa mayor fué que en el rincón del patio enlosado, donde se había vaciado el agua en que don Gil había tomado un baño, comenzaron a crecer entre las losas unas florecitas azules, blancas y co-

lor de oro, que ningún jardinero había visto jamás y que perfumaban todo el aire.

En el día en que el niño hizo un año, estando en el cuello de la madre con su sayalito de brocado blanco, todo bordado de perlas, se le escurrió súbitamente de los brazos para el suelo y dió su primer paso en la vida... Todos los brazos en derredor se le extendieron ansiosos para ampararle; pero él iba afirmando los piececitos, redondos y lentos, sin tropezar, atento y derecho hacia una franja de sol que entraba por la ventana, con la manecita abierta y levantada, como amparada por otra mano que no se veía y que dulcemente le llevaba... Y así se sumergió en la franja de sol, donde se quedó quieto, con una risa que resplandecía, todo aureolado de oro... Frey Munio murmuró: "¡En este niño hay maravilla!..."

III

Su crecer fué entonces igual y sano, como el de una flor que en tierra bien regada y bajo la fiel caricia del sol florece con esplendor. Ninguno de los males que Maestre Porcalho temía, frunciendo el entrecejo agorero, vino a interrumpir su florecimiento; y todos los dientes le nacieron sin un dolor y sin una lágrima. Su hablar era tan dulce y gracioso, que a todos hacía sonreír de ternura,

como el cantar de un pájaro en los ramajes. La ebúrnea blancura de su piel no parecía pertenecer a un cuerpo mortal, y en todo él la inteligencia resplandecía más visiblemente que una luz detrás de un cristal. Una curiosidad inquieta e insaciable constantemente le arrastraba, corriendo y esparciendo el brillo de sus ojos negros, al través de la vieja morada señorial. No habría ya en la torre del Homenaje, en los patios, en el oscuro sótano, rincón que él no hubiese rebuscado, en el impulso irresistible de saberlo todo. Las ayas le encontraban constantemente revolviendo con sus brazos chiquititos, frágiles como tallos de flor, levantando las pesadas tapas de las arcas; y si encontraba una abierta, daba gritos impacientes hasta que le dejasen desdoblar las piezas de lino, desenrollar los rollos de cintas, destapar los cofres, remover los encajes, amontonar en derredor de sí sobre el suelo un enorme baúl revuelto...

Ya más crecido, jugando por la huerta, metía-se en todas las espesuras de follajes, a rastras, como un animalillo, enmarañando el cabello en las zarzas, para escudriñar lo que se ocultaba en las sombras húmedas; excavaba en torno de las plantas para conocer la forma de las raíces, y acechando el volar de los pájaros, trepaba a los árboles para saber el secreto de los nidos. Nada le asustaba. Cuando el padre, para adiestrarle en el gran arte de cabalgar, le montó una mañana en un potro, él, empujando al caballero que sujetaba el freno,